BOLETÍN de la POSTULACIÓN - JULIO - 2018-

"La Heroicidad de las virtudes"

Una respuesta generosa y fiel a la llamada de Dios "¡Heme aquí, Señor!"

En la catedral de Saint-Malo hay una estatua de la Virgen María que lleva al Niño Jesús en brazos en una actitud particularmente maternal. El joven Juan Mª seguro que iba a rezarla con fervor a menudo. Unido a María ya por su nombre y por el día de su nacimiento, nuestro Fundador, como Ella, fue madurando su "SI" a la llamada de Dios. Corrían los tiempos difíciles de la persecución religiosa en los que Dios debía desaparecer del pensamiento y de las instituciones civiles y en los que la propia Iglesia debía desaparecer de la sociedad, en la que los sacerdotes y los religiosos debían ser borrados de la comunidad humana. Sin embargo, el pequeño Juan Mª tenía ya la intuición de que sólo Dios da sentido y fundamento a la vida, que Jesucristo es el verdadero fundamento esencial de la verdadera civilización y que la Iglesia es Madre y Dueña de una sociedad verdaderamente Humana.

Entonces, con la inocencia y la candidez de un niño, pero con la confianza puesta en Dios, se consagró totalmente a la defensa de la Religión, incluso arriesgando su vida. Su amor a Dios fue lo que le empujó a recibir los sacramentos, a frecuentar la iglesia, a colaborar con la actividad de los sacerdotes fieles a la Iglesia.

Y así, poco a poco, se iba concretando el proyecto de consagrar toda su vida y todas sus energías a la Iglesia que sus "enemigos" querían destruir. Sorprende ver cómo, adolescente aún, había madurado ya el proyecto definitivo de su existencia: ser sacerdote, es decir, consagrarse totalmente al servicio directo de la Iglesia. Proyecto que inspiró toda su juventud: sus estudios con el tío des Saudrais y con sus amigos los sacerdotes Vielle y Engerran - a quien, inspirado por su Fe se confiaba plenamente - su vida de oración con la preparación de las celebraciones litúrgicas cercanas al estilo monástico, la orientación concreta en la elección de valores, de espectáculos y de estilo de vida, hasta enfrentarse al modo de vida de la sociedad burguesa en la que vivía; todo esto como preparación directa a la vida de sacerdote a la que se sentía llamado y que constituía el eje central de su vida. Hasta el día en el que él se ordenó sacerdote, no para 'hacer carrera' o por ventajas mundanas, sino por pasión y al precio de continuos sacrificios.

Comenzó con un ministerio apasionante en Saint-Malo, en la parroquia, con los jóvenes; se preparó enseguida para defender a la Iglesia con sus escritos, en colaboración con su hermano Féli; siendo muy joven fue llamado para dirigir una diócesis muy extensa; se encargó de la construcción de la comunidad cristiana de Bretaña y de las diócesis francesas y renovó la presencia católica, el pensamiento, el fervor, la fidelidad a la Iglesia y al Papa en la Iglesia de Francia.

La respuesta a la llamada de Dios le llevó, especialmente en la segunda parte de su vida, a consagrarse a la infancia y a la juventud. Es cierto que en su espíritu estaba lleno de compasión por los numerosos niños y jóvenes abandonados, sin guía y sin instrucción en los sectores más pobres de Bretaña.

Pero se trataba siempre de la misma pasión por el Reino de Dios y por la Iglesia que le impulsaba a abrir escuelas y a fundar Congregaciones dedicadas a los pequeños y sobre todo a los más pobres y a los marginados. Se trataba siempre de "dar a conocer y amar a Jesucristo" y para eso seguía fundando escuelas, cubriendo, lo más que podía, todo el territorio. Estas escuelas serían la base para la creación de una sociedad nueva, que la Fe cristiana transformaría y volvería más humana, haciendola activa con sus obras, respetando a las personas y hasta en las leyes: una sociedad plenamente humana por estar basada en el Evangelio. Ésa era la vocación de Juan Mª por la que él trabajaba y a la que entregó, sin medida, hasta su último suspiro.

Hno Dino De Carolis